con Sichem, la más antigua ciudad de Brabante, segun dice el pueblo, y que para evitar el olvido definitivo sólo conserva su vetusta torre aislada, vestigio de sus murallas antiguas: en otro tiempo tenia tres pisos, con salas en cada uno de ellos, de las cuales sólo se ve ahora una, con bóveda en ojiva y adornada de esculturas que representan figuras de ángeles.

Despues de Aerschot viene Diest, que tiene una entrada pobre y mezquina más allá de las fortificaciones; una calle angosta que se estrecha cada vez más ántes de terminar en la plaza; un rio que baña las paredes del edificio donde se hallan las cervecerías; algunas plazas espaciosas, y dos bonitas iglesias, la de San Sulpicio y Nuestra Señora. Si se llega en domingo á esta localidad podrá verse á hombres y mujeres á las puertas de sus casas, reconociéndose en todos su aficion á la cerveza.

En Diest se fabrica una cerveza muy especial, de seguro efecto cuando se bebe en demasía; cuando está recien hecha, lleva el nombre del país, y si es añeja llámase *gulden bier* (cerveza de oro); se percibe su olor en el aire, como un vapor perpetuo, y puede trastornar muy pronto la cabeza.

La antigüedad de Diest sólo podria apreciarse ya por muy pocos vestigios; nada queda de la cuna de los reyes francos, como no sea alguna costumbre perpetuada hasta nuestros dias; hasta los recuerdos más próximos á nuestra época se han borrado poco á poco bajo la accion del tiempo y de los hombres. La antigua industria lanera, floreciente en el siglo XIV, sólo tiene ahora un mercado ruinoso donde se vende hoy la carne, y que á duras penas revela la prosperidad del emporio de otro tiempo. Toda esta gloria del pasado parece dormir á la sombra de un ábside ruinoso en el que se han embutido las piedras, en el singular cementerio que en los límites de la ciudad se abre por una maciza arcada de aspecto monumental. Una anciana arrodillada allí ante una tumba, y con los brazos en cruz, parecia en el silencio de aquel lugar fúnebre una de esas figuras de mármol que sobre los sarcófagos evocan el recuerdo de las cosas pasadas.

Tirlemont, otra poblacion que se visita al volver de Diest, produce impresiones diferentes, reconociéndose aquí en todo la aficion á la buena vida, que caracteriza al flamenco. Tirlemont no tiene apénas nada que sirva para el recreo: cierto que hay un teatro, pero sus puertas se abren sólo de tarde en tarde para recibir algunos cómicos. Más se aprecia en esta localidad la dicha de encerrarse en su casa, en una habitacion donde puedan percibirse los vapores de la cocina.

Ciudad aseada y silenciosa, como las más de las flamencas, Tirlemont tiene calles irregulares, una plaza, varias series de casuchas antiguas; y desviándose un poco del centro, espacios cubiertos de yerba. Una enorme iglesia domina los tejados de las casas: es San German, que tiene la torre, los pilares y las naves de estilo romano, y las ventanas y el coro de estilo gótico primitivo. Delante de la Casa Ayuntamiento se halla la iglesia de Nuestra Señora del Lago sin concluir, pero tiene una hermosa torre apoyada en cuatro pilares que primitivamente formaban el centro del edificio. Como de costumbre, obsérvase una profusion de adornos á lo largo de las paredes y en el fondo de las capillas, tanto que no se acabaria nunca si se quisiera detallar las riquezas de todas esas iglesias. La piedad pública ha prodigado por todas partes los donativos, los cuadros, los adornos de color, las esculturas pintorescas; y como era de esperar, muchos objetos de mal gusto se mezclan con la delicadeza del verdadero arte. En San German, por ejemplo, se ve un Cristo en una especie de nicho enrejado, con paños y terciopelos festonados de blonda; y muy cerca osténtase una obra de madera esculpida que representa un paisaje con grandes árboles.

Aquí no se resucita evidentemente la poesía mística de las iglesias que, como la de San Leonardo, en San Leau, han conservado su ornamentacion primitiva. Admira verdaderamente hallar en este pueblecillo, perdido en medio de los campos, un museo lleno de reliquias arqueológicas, pues no es otra cosa la iglesia de Leau. Desde léjos se ve ya la torre, con sus ventanas apareadas; despues se cruza por estrechas calles, bordeadas de casas muy rústicas; y de repente se ve una magnífica iglesia del siglo XIII, algunas de cuyas partes, particularmente la galería abierta con arcos trilobados alrededor del coro, debe datar del período de transicion.

Desde el umbral experiméntase ya una especie de sentimiento respetuoso: en la primera capilla de la izquierda, un precioso retablo presenta las maravillosas complicaciones de una serie de escenas tomadas de la vida de Cristo; y en la primera de la derecha ofrécese á la vista un conjunto más admirable aún: desde el suelo hasta el techo elévase una especie de blonda de madera en la que se entrelazan mil figuras con un prodigioso follaje esculpido; en un lado está la Vírgen con el Niño sobre las rodillas; en otro la Visitacion y Marta abrazando á María; y en los huecos que separan los compartimientos se ven grupos de ángeles, mujeres, caballeros armados, sacerdotes con largas dalmáticas, y una multitud de personajes del Nuevo Testamento, con los trajes de la época.

Difícil sería enumerar todas las riquezas contenidas en este templo, entre las cuales llama principalmente la atencion un candelabro de siete brazos, un atril sostenido por leones de mármol, un precioso tabernáculo con caprichosos grupos de figuras y bajos relieves, y otras muchas rarezas que sería ocioso citar aquí.

Si al salir del templo, deslumbrados por tanta riqueza, nos dirigimos hácia la plaza, veremos la Casa Ayuntamiento, verdadera joya de arquitectura del Renacimiento del más correcto estilo, con sus ventanas prolongadas, su gran escalera de piedra, sus nichos en la fachada, ocupados por estatuas, y sus graciosas torrecillas.

Este edificio y la iglesia de que acabamos de hablar es lo único digno de verse en Tirlemont; lo demás ofrece poco interés.

VII

Terminaremos nuestra excursion recorriendo la mejor parte del Mosa, que es la comprendida desde Masuen á Mezieres: ninguna otra ofrece tan pintorescos puntos de vista á lo largo del rio, que se desliza tortuoso á través de las espesuras del bosque de las Ardenes, presentando altas rocas en ambas orillas; más léjos se ensancha majestuosamente, adquiriendo una notable anchura.

Esta parte del país no está muy poblada, aunque de vez en cuando se ve alguna ciudad ó pueblo que parece caido de las nubes, situado á la sombra de las rocas, que están coronadas de castillos ó fortalezas. En este caso se hallan Givet, Fumay y Dinant: la posicion de esta última ciudad es más agradable que la de todas las que se ven por esta parte del país, y por eso suelen elegirla los viajeros como cuartel general para emprender sus excursiones. Dícese que sus habitantes eran en otra época muy turbulentos, aunque ahora son gente muy pacífica, dedicada en particular á la fabricacion de objetos de metal y utensilios de cocina. La crónica cuenta que cuando el duque Felipe el Bueno fué soberano en esta region, los habitantes llegaron á irritarle de tal manera, que mandó arrojar al Mosa ochocientos, atados de dos en dos, incendiando despues la ciudad. Ménos de un siglo despues, no escarmentados con tan terrible castigo, y como les sitiara el rey de Francia, intimándoles la rendicion, contestáronle con insultos y sangrientas amenazas; pero sólo consiguieron con esto que su ciudad fuera saqueada é incendiada de nuevo. En esta localidad se conservan aún casas de los tiempos de Cárlos el Atrevido y de Felipe el Bueno, que sobrevivieron al hierro y al fuego.

Todo el país á la redonda está sembrado de castillos y fortalezas, algunas en estado ruinoso; pero sus habitantes no son ya el terror de los que viven cerca. Un dia de marcha, desde Dinant, basta para llegar á los castillos de Walzin y de Veves: el primero está situado á las orillas del Lesse, tributario del Mosa, y aunque poco conocido de los pintores, merece la pena de ser visitado. El castillo de Veves está casi oculto entre la espesura de un bosque, y aparece á la vista del viajero cuando ménos lo espera. Este castillo no debe confundirse con otro moderno del mismo nombre, cuya construccion costó varios millones de francos.

Al volver á Dinant encuéntrase una inmensa mole de granito llamada Roca de Bayardo, situada en la extremidad sur de la ciudad, á la orilla derecha del Mosa. Detrás de ella se destaca una larga línea de casas blancas de todas dimensiones y edades, dominadas por la flecha de la iglesia de Nuestra Señora. A medida que uno se acerca, despues de cruzar un puente, á la orilla izquierda del rio, no puede ménos de admirar la grandiosa belleza del paisaje, verdaderamente digno de ser visitado por el viajero.

RUSIA

La gran campana de Moscou

Los buques que llegan á Rusia por el mar de Alemania y el Báltico están construidos expresamente para navegar en los bajos fondos que se hallan en la desembocadura del Neva; gracias á esto pueden doblar la punta de Kronstadt y amarrar en el animado muelle de Vassili Ostroff.

Apénas desembarca el viajero, y si quiere dirigirse al interior de San Petersburgo, debe alquilar un drojky, especie de vehículo de que tantas veces se ha hablado, que no creemos necesario describirle aquí. Numerosos carruajes cruzan continuamente el puente Nicolás, por donde es preciso atravesar, y desde el cual se domina el rio en todo el espacio que la vista alcanza. En ambas orillas se ve una quíntuple línea de largos barcos cargados de leña, y al penetrar en la ciudad obsérvase que la líquida superficie de los canales desaparece igualmente bajo un cargamento semejante. Largas filas de barcas llenas de ese combustible se dirigen con singular lentitud á los diversos barrios de la capital; y esto se ve aún á principios de verano, pues ya entónces se hacen preparativos para pasar el invierno.

Y es porque el invierno preocupa constantemente á los habitantes del norte de Rusia, no